

**LUCHA POR LA HEGEMONÍA Y PROCESOS INSTITUYENTES
EN LA ARGENTINA DEL 2001
Claves para entender el posneoliberalismo**

*Gabriel Esteban Merino
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)*

Los acontecimientos de diciembre de 2001 constituyen un momento instituyente, una apertura de las luchas por la hegemonía, un momento de emergencia de lo político en tanto crisis del orden social existente y construcción de un nuevo orden social. Si bien hay un permanente juego entre lo instituyente y lo instituido, entre la política y lo político, una secuencia infinita de las permanentes objetivaciones-institucionalizaciones por parte de quienes tienen la fuerza-poder para poder hacerlo, así como para subvertir las existentes en las distintas órbitas de lo social, en diciembre de 2001 se condensa una crisis de hegemonía general, por lo tanto crisis general de lo instituido y puja instituyente para la configuración de un “nuevo” orden social estatal. Este sería, para Ardití, el momento de la hegemonía en el sentido fuerte de la palabra (Ardití, 2010), cuando la política parece dominar nuestras vidas; una instancia de ruptura donde la política toma por asalto la imaginación y los deseos de la gente. Desde nuestra perspectiva, este sería el momento específico de la lucha-crisis de hegemonía más que el momento de la hegemonía. Si la hegemonía refiere a la construcción de consenso, a la dirección ético-ideológica de la sociedad por parte de un proyecto determinado, de un interés particular desarrollado como bloque histórico, puede darse, como sucedió en la Argentina de los noventa, bajo el proyecto neoliberal, que la hegemonía de un bloque histórico guarde relación (e incluso tenga como condición) la despolitización de las mayorías sociales en posiciones subalternas. Es decir, hegemonía es una forma de construcción política, una estrategia, que se vuelve visible en los momentos de crisis-luchas hegemónicas, y al mismo tiempo, un concepto para analizar el orden social instituido.

Algunos ven en estos acontecimientos de diciembre un orden social en crisis (la política, lo instituido) enfrentado a la irrupción de una multitud instituyente-constituyente, en algunos casos la sociedad civil convertida en sujeto (Dinerstein, 2004), que se levanta rizomáticamente contra ese orden, contra lo instituido. O en una perspectiva de las que suele denominarse “marxismo ortodoxo”, ven una insurrección espontánea del pueblo protagonizada por la “pequeña burguesía” y los hambrientos (terrenos de la insurrección), que constituyen una unidad descorporativizada, por lo que devienen de multitud (de diferencias y singularidades) a masas en lucha (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2006). Ambos enfoques, desde perspectivas teóricas bien distintas, comparten el hecho de que en los acontecimientos de diciembre emergen nuevos sujetos o subjetividades, que instituyen prácticas e identidades. También comparten, junto a otras perspectivas, el acento del análisis del 19 y 20 en la “metáfora de la revolución” más que sobre la “metáfora del orden” (Scillamá, 2007). Es decir, sin dejar de analizar las cuestiones institucionales y macroeconómicas que provocaron la crisis, las explicaciones y los intentos de conceptualización sobre los acontecimientos del 19 y 20 están centradas en ver cómo a partir

de dichas condiciones estructurales se produce un quiebre, una irrupción, una apertura de lo político fuerte y radical, un cuestionamiento del orden social existente por parte de los “excluidos” de dicho orden. Estos abordajes se oponen a los estudios de tipo estructuralista (por el cual se pierden de vista las fuerzas en pugna) que ven al estallido de diciembre de 2001 como resultado del agotamiento del modelo socialmente excluyente de acumulación financiera o de la crisis del sistema de representación política, es decir de “arriba” para “abajo”. Como observa Dinerstein (2004) al analizarlos, estos estudios están guiados por la pregunta de *qué salió mal* en el capitalismo argentino, relegando la movilización popular como variable dependiente. En este sentido, podemos afirmar, que tampoco la crisis de hegemonía —crisis económico-social y crisis política-institucional— es un hecho dado sobre el cual se monta el “estallido”, la apertura de lo político-instituyente; sino que las resistencias al neoliberalismo y el desarrollo de múltiples expresiones organizativas van socavando la base de sustentación del régimen, carcomiendo el consenso y generando la crisis.

Desde un punto de vista esquemático, por momentos parecería haber en dichos análisis dos campos de fuerzas enfrentados (amigo-enemigo): el orden neoliberal-financiero-excluyente o el régimen (la política, el estado, lo instituido) versus la multitud instituyente, el pueblo, las clases dominadas, los oprimidos, etcétera, (la sociedad civil, lo instituyente); los cuales disputan por la configuración del orden social en la Argentina, en un contexto de crisis político-institucional y social. Sin embargo, llevando al análisis de diciembre de 2001 la afirmación de Arditi (1995) de que el campo político es un pluriuniverso de oposiciones amigo-enemigo que cambian continuamente y que el poder va cristalizando en nuevas configuraciones institucionales, podemos observar que en dicho momento de crisis también los sujetos que se consideran “dominantes” o personificaciones del orden social, de la política y el Estado, están luchando por instituir un nuevo orden. Es más, podemos afirmar que casi todos los actores del drama y no solo el trabajo vivo como multitud instituyente (o la clase trabajadora, los oprimidos o el pueblo para otros autores) se encuentran en el terreno de las construcciones hegemónicas para desplegar un determinado proyecto de sociedad diferente al existente, que subvierten el orden instituido y pretenden producir nuevas configuraciones generales.

En este sentido, podemos delimitar, por lo menos, tres campos de actores o fuerzas político-sociales en las luchas hegemónicas, sin perder de vista la multiplicidad de cada “campo” y la posibilidad de identificar otros, es decir, conscientes de que se trata de una construcción teórica. En primer lugar, las fracciones dominantes (o personificaciones del trabajo muerto, del capital) que pretendían instituir una etapa superior del neoliberalismo en la Argentina, bajo un nuevo cierre hegemónico, e impulsaban la dolarización (Castellani y Szkolnik, 2005) —con devaluación como pregonaba el CEMA y algunos exministros de economía o manteniendo la convertibilidad, como sentenciaba Cavallo—, el ingreso al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) promovida por los Estados Unidos, la privatización de los pocos activos que quedaban en manos del Estado (por ejemplo los bancos públicos) así como de la salud y la educación, y la compra de empresas argentinas que todavía quedaban en manos locales.

En segundo lugar, se encontraban los actores aglutinados en torno al Movimiento Productivo Argentino (MPA), comandado por el Grupo Productivo de los grupos económicos “locales” e industriales (con apoyo brasilero y europeo), expresado en las figuras políticas de Duhalde y Alfonsín, que pregonaban como cierre hegemónico la antinomia proyecto financiero versus proyecto productivo, y tenían como programa la pesificación de la economía, la devaluación y el fortalecimiento del MERCOSUR como área económica regional. “El pensamiento productivo está disperso y hay que ubicarlo en el centro de la escena, a la vez que hay que desplazar al poder financiero” (*Clarín*, 22-06-2001), señaló Duhalde en la presentación de MPA (1). Podemos observar, además, que aquí también tenemos la creación de una nueva identidad, lo “productivo”, que comienza a desarrollarse desde 1996 en la Argentina como cierre ideológico por parte de un conjunto de actores opuestos al modelo de capitalismo vigente. Esta fuerza político-social instituyente jugó muy fuerte en diciembre de 2001 en las pujas hegemónicas y no es tenida en cuenta en su real magnitud en gran parte bibliografía. Además, es la que logró instituirse y objetivar parte de su programa en lo político institucional desplazando, en parte, a su “enemigo”, el llamado “proyecto financiero”, para enero de 2002; es decir, produjo un cambio favorable en la relaciones de fuerzas que le permitió como “traducción” producir cambios en lo político-institucional accediendo al gobierno del Estado. Iñigo Carrera y Cotarelo hacen referencia de alguna manera a esta cuestión mencionando muy escuetamente y como “contexto” la puja “interburguesa” desatada desde 1998, alrededor de quién pagaría la crisis, que quebró la unidad de la burguesía acaudillada por la oligarquía financiera (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2006). Pero no desarrollan su incidencia como uno de los factores importantes en las jornadas del 19 y 20, las que conceptualizan como insurrección espontánea.

En tercer lugar se encontraba el heterogéneo “campo popular” o “campo del pueblo” (multitud-trabajo vivo en Negri), compuesto principalmente por los movimientos sociales barriales que aglutinaban mayoritariamente a trabajadores desocupados, pobres y sectores informales; las clases medias que emergen a las luchas políticas como movimiento estudiantil, como “vecinos” de las asambleas barriales y como caceroleros; los trabajadores formales aglutinados en las centrales gremiales CTA y CGT —esta última bastante desdibujada en la bibliografía a pesar de que una de sus fracciones, el MTA, propulsó ocho paros generales a Menem y fue uno de los protagonistas centrales de la resistencia al neoliberalismo (2)—; productores agropecuarios de la región pampeana y movimientos campesinos del norte del país aglutinados en distintas organizaciones sectoriales; productores urbanos organizados en cámaras gremiales de PYMES; y las distintas organizaciones sociales y políticas populares que expresan demandas de los “oprimidos” (ver Dussel, 2007). De todos ellos, partícipes importantes de la lucha contra el modelo neoliberal, se destacan particularmente dos expresiones como protagonistas de las jornadas del 19 y 20: los piqueteros, como identidad de los trabajadores desocupados organizados en movimientos sociales, y los caceroleros, vecinos o asambleístas de “sectores medios” o “pequeña burguesía”.

Las acciones del llamado “grupo productivo” fueron importantes para comprender en parte el estallido del 19 y 20 y su devenir posterior, pero no solo en el plano político-institucional (en la política), sino en lo político-general, aunque ello no explique por sí solo el estallido popular. En primer lugar, impidiendo un cierre desde la política, negándose a formar parte de un gobierno de unidad como clamaba el presidente De la Rúa y el propio Departamento de Estado de EE. UU. a través de su representante, Condoleezza Rice (*Página/12*, 21-12-2001). Este rechazo, fue ratificado el 19 y 20 de diciembre y terminó de empujar la salida del Ejecutivo nacional. Sobre esa fisura-crisis el “campo popular” tuvo mayores condiciones de expansión de sus acciones políticas. En segundo lugar, produciendo y legitimando a la vez que limitando, controlando e intentando encauzar la manifestación popular. Si por un lado, punteros vinculados al duhaldismo propiciaban y organizaban algunos saqueos y movilizaban colectivos para ir a Capital Federal (como claramente lo vimos quienes militábamos en ese entonces, lo que no quiere decir que eran los organizadores de todos los saqueos y controlaban toda la organización); por otro lado, cercaban los barrios e impedían movilizar a las organizaciones populares a la plaza (impidiendo la realización de la lucha a los sectores populares, limitando el contenido y profundidad del estallido); tiraban las bolsas de comida para romper la organización barrial y realizar acciones de represión, impedían saqueos a ciertos hipermercados y propiciaban otros, etcétera. En tercer lugar, convocando a la movilización desde sus medios afines (como grupo Clarín, que en 2002 arma junto a otros empresarios locales la Asociación Empresaria Argentina para apoyar el modelo “productivo” del gobierno vigente), reivindicando la movilización “espontánea” y criticando la movilización “organizada”, es decir, convocada por las organizaciones populares que comienza a ser más fuerte el 20 de diciembre, inclusive con la caída de De la Rúa. En cuarto lugar, disputando los sentidos del estallido, la conducción hegemónica de este, que pretenden limitar-cerrar con la caída de De la Rúa y significarlo en los parámetros del proyecto productivo para construir-instituir el devenir y su sutura. En quinto lugar, generando articulaciones y alianzas tácticas con los sectores del “campo popular”, a veces de hecho y otras veces bajo la forma de acuerdos, como sucedió con muchas organizaciones sindicales y movimientos sociales antes y después de diciembre de 2001.

Lo que se pretende marcar aquí, más allá de estas brevísimas descripciones, son dos cuestiones que nos resultan muy importantes: cómo los sectores llamados “dominantes” juegan permanentemente en el doble de la política y lo político, de lo instituido y lo instituyente (el poder instituyente no es solo propiedad del Pueblo o la Multitud, el “capital” crea, de modo constante, nuevas formas de vida), y, en especial, esto sucede en las crisis de hegemonía en donde se abre la lucha de lo político para la configuración de un orden social; y que los procesos políticos son más complejos y escapan a la visión dicotómica Régimen-Pueblo, Burguesía-Proletariado, Imperio (u Orden)-Multitud, Trabajo Vivo-Trabajo Muerto, aunque estas categorías sean centrales para comprender dichos procesos, ya que como afirma O’Donnell, la principal relación de dominación en una sociedad capitalista es la relación de producción entre capitalista y trabajador asalariado, mediante la que se genera y se apropia el valor del trabajo.

Este es el corazón de la sociedad civil, su gran principio contradictorio de ordenamiento (O'Donnell, 1978: 4).

Una crítica posible que puede hacerse a algunas perspectivas teóricas con relación a lo dicho anteriormente es lo que Scillamá critica de Svampa (Scillamá, 2007): la construcción de una línea divisoria de enfrentamiento entre sociedad civil en oposición a la política institucional, lo cual se ve con toda claridad en el texto de Dinerstein y, en menor medida, en el de Barbeta y Bidaseca (2004). Más allá de los problemas de la pérdida de riqueza del análisis al no ver las articulaciones, los matices, los puntos de contacto y las transversalidades cuando se escinde y se enfrenta sociedad civil con política institucional, el problema es más profundo: se encuentra en el significado de sociedad civil como concepto. Dichas consideraciones suponen un concepto de Estado que, en términos gramscianos, estaría reducido a la sociedad política, a la esfera de la administración-control público, al sistema político institucional, excluyendo del concepto de Estado a la sociedad civil e incluyéndola en la política en el plano de las instituciones del orden. Para Gramsci, en su desarrollo y reelaboración de la teoría marxista del estado, el Estado es sociedad civil más sociedad política, “hegemonía revestida de coerción”. Este contrapunto es interesante por sus implicancias comparativas en los conceptos desarrollados por la teoría política contemporánea y la construcción de sus esquemas de análisis. Dicho esquemáticamente, si para Arditi (1995) el Estado es el momento del orden y de la política, subvertidos por el poder instituyente que es propio de la esfera de lo político, para Gramsci el Estado contiene los dos momentos, que atraviesan al mismo tiempo a la sociedad civil y a la sociedad política, por lo que la política y lo político (el plano de lo instituido y lo instituyente) es la constante mediación dialéctica entre las relaciones sociales de producción y reproducción de vida y las cristalizaciones institucionales de la sociedad civil y la sociedad política. En este sentido, la sociedad civil es tanto esfera de acción de lo que más arriba englobamos dentro del “campo popular”, como de los “bloques dominantes” que analizamos. De hecho, si pensamos a las instituciones de la sociedad civil como los medios de comunicación, las ONG, las universidades privadas, los centros de estudio y tanques de pensamiento, las fundaciones, las asociaciones civiles, las iglesias, los sindicatos, sociedades de fomento, clubes, etcétera, y el conjunto de instituciones específicas de la economía (empresas económicas), vemos que están atravesadas por proyectos y campos en pugna, y que en su mayoría forman parte de los bloques dominantes. Conceptualizar los acontecimientos de diciembre de 2001 y la crisis en general como la lucha entre las “necesidades del capital transnacional, por un lado, y las sociedades civiles de cada país por el otro” (Dinerstein, 2004: 241) significa desconocer que es justamente en la sociedad civil en donde se produce, radica y se expresa en objetivaciones el poder del capital transnacional, y también significa reproducir un fetiche liberal frecuentemente utilizado tanto para invisibilizar las relaciones de opresión y sus objetivaciones, como también para apuntar contra el Estado (como lo publico-estatal) allí donde se vuelve un límite para las nuevas formas de producción y reproducción del capital. Resulta interesante agregar, a su vez, la reflexión que hacen al respecto Quintar y Zusman:

La reivindicación del protagonismo de la sociedad civil anclada en las corrientes del pensamiento liberal, que durante la década de 1990 prevalecieron en el imaginario colectivo, tendió a desvincular la problemática social de la política. Así, cobraron relevancia como actores centrales de la sociedad civil las llamadas organizaciones no gubernamentales (ONG) u organizaciones del tercer sector. Esta postura fue impulsada por ciertas corrientes teóricas que identifican el fortalecimiento de la sociedad civil con una creciente radicalización de la democracia liberal existente (Quintar y Zusman, 2003: 62).

Estos dispositivos teóricos parecerían actuar bajo la interpretación autonomista: al no ver el Estado como correlación de fuerzas en un territorio que se objetiva en el sistema político institucional y en la sociedad civil, al Estado como sociedad civil más sociedad política (Gramsci, 1998), el Estado aparece como enemigo fetichizado, lo cual redundaría en ubicar todo plano de la lucha y construcciones “contra-hegemónicas” en el momento de la resistencia (en el esquema “clásico”, de lo gremial), imposibilitando el desarrollo de una construcción hegemónica por parte de los sujetos subalternos. La política no entiende de vacío, no existe el vacío porque permanentemente hay objetivaciones, aunque sea precarias, y cristalizaciones institucionales prácticas y teóricas, “civiles” y “políticas”. En tanto un sujeto se construye a sí mismo como identidad política que puja por imponer su territorialidad y su forma de vida en un territorio, o resiste otra forma de vida o territorialidad, es una fuerza político-social que disputa el estado de correlaciones de fuerzas, impacta en las mediciones de dicho territorio, conforma coaliciones implícitas o explícitas, y en su desarrollo instituye prácticas. No hay forma de no disputar el Estado, así sea hasta para su destrucción, como violencia organizada de un clase en la metáfora marxista. En este sentido, no hay forma de escapar de la política. El estallido popular del 19 y 20 no solo produjo nuevas subjetividades, relanzó al “campo del pueblo” a mayores niveles de organización, politización y movilización, sino que, además, necesariamente fue un golpe de fuerza contundente que se articuló con otros actores instituyentes y se cristalizó en la política, abriendo la transición hacia la institucionalización de otro programa económico, del progresivo alejamiento de los organismos financieros transnacionales, de la necesidad de dar respuesta a las demandas sociales de los “excluidos” y “oprimidos”, etcétera. Incluso podemos ver que muchos actores (como es el caso de la CGT oficial, la CCC, el FTV y la Federación Agraria) llegó a acuerdos políticos con el Grupo Productivo que se tradujeron en expresiones institucionales como en el Ministerio de Trabajo, los planes sociales, la reprogramación de créditos, etcétera. Esto no puede ser explicado solo como cooptación —explicación que sobre todo se profundizará con el kirchnerismo, como respuesta clásica liberal a la emergencia del populismo—, sino más bien como articulación e integración de demandas, bajo ciertos objetivos y “enemigos” comunes, que parió los hechos de diciembre.

Estos primeros intentos de cadenas de equivalencias (Laclau, 2004), que tendrán su ascenso inicial y rápido descenso por la imposibilidad de compatibilizar ciertos intereses, son la clave para entender el surgimiento del kirchnerismo como construcción de un proyecto nacional-

popular de nuevo tipo. La visión del reflujo y retroceso de las luchas populares y con ello el supuesto debilitamiento del campo popular en el devenir-luego del 19 y 20, en realidad esconde el prisma de lo que creemos una mirada parcial que no observa al mismo tiempo los tres conceptos de la hegemonía y mira solo el primero: lo político, la política y los sujetos políticos. La emergencia instituyente produjo sujetos y cambios en la política cuyo resultado y magnitud guarda estrecha relación con la potencia de la fuerza y el desarrollo de su organización. Otros bloques jugaron y capitalizaron el estallido, pero teniendo que incorporar demandas y generar nuevas articulaciones. Y, sobre todo, no pudiendo cerrar la grieta por la cual fue en aumento la producción de potencia y profundidad en el “campo del pueblo”, bajo las distintas formas de la transformación.

Notas

(1) En una entrevista de *Página 12*, hecha durante el mes de enero de 2002, Duhalde afirmaría: “Me sorprendió la unanimidad de los partidos políticos cuando los convoqué para crear ese movimiento productivo que, a mi criterio, debería ser la base del poder futuro. Yo venía sosteniendo que en el centro de las decisiones políticas de un gobierno tienen que sentarse los que producen, los que trabajan. Es así en todos los países que defienden sus intereses y trabajan juntos empresarios, productores y el poder político. *Mire, de mí pueden decir cualquier cosa, pueden esperar que me equivoque porque soy un ser humano, pero jamás que traicione a mi país. Por ninguna razón. El que ataca los intereses nacionales es un traidor*”.

(2) Incluso en uno de los textos de la bibliografía (Dinerstein, 2004), en donde se menciona como hecho importante de diciembre de 2001 la huelga general convocada el 13 de dicho mes fundamentalmente por la CTA y la CGT disidente aglutinada en torno al MTA y la figura de Moyano, “olvida” este último detalle y afirma que solo estuvo convocada por la CTA.

Bibliografía

- Arditi, Benjamín (1995). "Rastreado lo político", *Revista de Estudios Políticos*, No. 87, Madrid, enero-marzo, pp. 333-351.
- (2004). "Trayectoria y potencial político de la idea de sociedad civil". *Revista Mexicana de Sociología*, 66 (1).
- (2007). *Post-hegemonía: la política fuera del paradigma post-marxista habitual*, Mimeo.
- Barbetta, Pablo y Karina Bidaseca (2004). "Reflexiones sobre el 19 y 20 de diciembre de 2001. 'Piquete y cacerola, la lucha es una sola': ¿emergencia discursiva o nueva subjetividad?". *Revista Argentina de Sociología* 2004, 2 (002).
- Bonvecchi, Alejandro (2006). "Determinismo y contingencia en las interpretaciones de la crisis argentina". *Revista SAAP*. Vol. 2, Núm. 3.
- Castellani, Ana y Szkolnik, Mariano (2005). "Devaluacionistas y dolarizadores. La construcción social de las alternativas propuestas por los sectores dominantes ante la crisis de la Convertibilidad. Argentina 1999-2001".
- Colectivo Situaciones (2002). "19 y 20 Una insurrección de nuevo tipo", en *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*. Buenos Aires. Tinta Limón.
- Dinerstein, Ana Cecilia (2004). "Más allá de la crisis. Acerca de la naturaleza del cambio político en Argentina" *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 10 (001).

- Dussel, Enrique (2007). "Cinco tesis sobre el 'populismo'", en <http://www.enriquedussel.org/txt/Populismo.5%20tesis.pdf>.
- Gramsci, A (1998). *La política y el estado moderno*, pág. 15, Distribuciones Fontamara.
- Iñigo Carrera, Nicolás y María Celia Cotarelo (2006). "Génesis y desarrollo de la insurrección espontánea de diciembre de 2001 en Argentina", en Gateno G. (coord.), *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*. CLACSO, Grupos de Trabajo.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto (1990) "La imposibilidad de la sociedad", en *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, pp. 103-106.
- Negri, A y Hardt, M (2002) *Imperio*. Buenos Aires, Paidós.
- O'Donnell Guillermo (1978) "Apuntes para una teoría del Estado", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 40, No. 4, Estado y Clases Sociales en América Latina (2) (oct.-dic.), pp. 1157-1199.
- Quintar, Aída y Perla Zusman (2003). "¿Emergencia de una multitud constituyente? Resonancias de las jornadas de diciembre de 2001 en Argentina", *Iconos. Revista de Ciencias Sociales* [en línea] 2003, (017) [fecha de consulta: 24 de noviembre de 2007].
- Scillamá, Mora (2007). "La tristeza de la ciencia política y los límites del autonomismo para pensar el diciembre argentino", en Rinesi y otros, *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Prometeo.